

# SORPRESA, CONFUSIÓN Y PARÁLISIS: ESTADOS UNIDOS ANTE LA REVOLUCIÓN IRANÍ

*Javier Gil Guerrero*

Universidad Francisco de Vitoria

ORCID: 0000-0002-0659-4490

javier.gil@ufv.es

## Introducción

Durante décadas se ha discutido el papel de Estados Unidos en la revolución iraní y el papel de la administración de Jimmy Carter en la caída del Sha. En la historiografía norteamericana y en la polémica política «¿quién perdió Irán?» se convirtió en una pregunta como la de «¿quién perdió China?». Aparte de juzgar la importancia norteamericana en los sucesos de Irán (hasta qué punto Washington pudo marcar una diferencia o todo resultó un proceso interno e inevitable en el que Estados Unidos nunca pudo jugar un papel importante), se trata de dirimir responsabilidades: ¿corresponde a Carter cargar con el desastre de la política norteamericana en Irán o fue este un desastre que Carter heredó y en el que tuvo escaso margen de maniobra?

Una corriente historiográfica sostiene que la llegada de Carter a la Casa Blanca debilitó seriamente al Sha. Carter, que había ganado las elecciones con la promesa de devolver la moralidad a las instituciones del país y a su política exterior tras una década marcada por la guerra de Vietnam y el Watergate, habría alterado de forma irresponsable la política hacia Irán humillando al Sha al cuestionar la situación de los derechos humanos en el país y forzando un proceso liberalizador. En un contexto de grave crisis

económica y con un monarca enfermo, el aparente distanciamiento de Estados Unidos habría alentado a la oposición a iniciar el proceso revolucionario convencidos de que se trataba una oportunidad única para derrocar a los Pahlavi. La negativa de Carter a apoyar una represión generalizada y decidida de las protestas habría impedido a un Sha famoso por su indecisión y debilidad en momentos de crisis a tomar la decisión. La ambigüedad de Carter menoscabó la autoridad y confianza del Sha mientras que envalecentó a la oposición.

La otra corriente sostiene que el impacto de Carter fue mínimo. Llegó al poder en 1977 y la revolución comenzó en 1978. Carter apenas tuvo tiempo de alterar un proceso que llevaba años de gestación. La culpa recaería en las administraciones de Nixon y Ford, quienes habrían permitido un endeudamiento excesivo de Irán al alentar una política desbocada de compra de armamento norteamericano por el Sha. Cuando el Sha se vio con problemas para financiar sus ambiciosos programas de armamento y de infraestructuras en Irán decidió apoyar una subida en el precio del petróleo que iba en contra de los intereses de Washington. La administración Ford, en conjunción con la monarquía saudita, habría trabajado en un plan para bajar el precio del crudo que, como efecto colateral, dejaría al

Sha sin los ingresos necesarios para financiar sus proyectos y a Irán sumido en un proceso de inflación y crisis económica. Dicha crisis sería el caldo de cultivo para la revolución.

Lo cierto es que ambas narrativas son necesarias para entender la política exterior de Estados Unidos en Irán y el triunfo del proceso revolucionario. En lo que respecta Carter, se puede resumir su política iraní en tres fases: un intento inicial de reformar y liberalizar el régimen de los Pahlavi, un intento de salvar el régimen de los Pahlavi cuando comenzó la revolución y, cuando quedó claro que los Pahlavi estaban acabados, un intento de reemplazar al Sha con un régimen moderado. A estas tres fases se podría añadir una cuarta tras el triunfo de la revolución: un intento impaciente y forzado de reestablecer relaciones diplomáticas con el Irán postrevolucionario. Cada uno de estos cuatro intentos fracasó de manera rotunda. El problema es que en cada una de estas fases la administración Carter no supo actuar con la determinación y los recursos necesarios para lograr los objetivos marcados. Cada fallo en las diferentes fases obligaba a Washington a moverse de una opción mala a otra peor.

Los fallos en la gestión son varios, pero destaca la falta de decisión por parte de Carter, quien se vio constantemente confrontado a las posiciones contrarias de su asesor de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski y de su secretario de estado, Cyrus Vance. A esto habría que añadir la creciente desconfianza de Carter hacia el embajador norteamericano en Teherán, Andrew Sullivan, quien pasaría las últimas semanas en Irán como mero espectador desautorizado para llevar a cabo ninguna gestión. El resultado fue una política inconexa y en excesivo cautela que constantemente era superada por los acontecimientos en Irán.

### El impasse en la relación: Carter y el Sha

Si Carter apenas tenía experiencia en política exterior cuando accedió al cargo, para el Sha su-

ponía el octavo presidente norteamericano con el que trataría durante su reinado. Sin embargo, Carter era una figura totalmente desconocida para el Sha. Al contrario que con otros presidentes anteriores, el gobierno iraní no había desarrollado un contacto previo con él. El estrecho círculo de colaboradores que Carter traía de Georgia a la Casa Blanca también escapaba a las redes establecidas durante años por la diplomacia iraní en Washington. Con Carter, el Sha simplemente no sabía qué esperar.

Pronto surgirían fricciones entre la administración de Carter y el régimen del Sha en torno a dos sensibles para el monarca iraní: los derechos humanos y la venta de armamento.

Carter dejó clara la prioridad de los derechos humanos en la nueva orientación de la política exterior al nombrar a Patricia Derian al frente de la coordinación de la oficina de derechos humanos del Departamento de Estado. Los diplomáticos de carrera en Teherán criticarían la falta de sentido de realidad de Derian y sus colaboradores, mientras que estos llegarían a considerar unos «fascistas retrógrados» a los diplomáticos destinados en Irán.<sup>1</sup>

El Departamento de Estado esperaba usar la nueva política de derechos humanos o para deslegitimar a los países comunistas, pero no para dañar la reputación de regímenes aliados en Chile, Argentina, Filipinas o Irán. Sin embargo, para el equipo de Derian no cabían las distinciones y Estados Unidos no podía «continuar apoyando a cualquier hijo de puta simplemente por que era *nuestro* hijo de puta». En el caso de Irán, como Derian se encargó de señalar, esto implicaba acabar con la política de cheque en blanco. Estados Unidos no podía seguir ligado a los excesos del Sha y si Washington quería recobrar algo de credibilidad tras Vietnam y Watergate, debía tomar distancias con el gobierno iraní.<sup>2</sup>

En último término, la vulnerabilidad del Sha (fruto de su enfermedad, la crisis económica y el creciente descontento popular) le volvió en sus últimos años más dependiente de Washington. Así, cuando el embajador nombrado por Carter

en Irán, Andrew Sullivan, mencionaba el asunto de los derechos humanos en sus reuniones con oficiales iraníes, estos se apresuraban a dar cumplida nota de los progresos realizados en dicho ámbito.<sup>3</sup> Como observó el embajador británico Anthony Parsons, en 1977, en comparación con los «rigurosos estándares» de años pasados, se respiraba un clima de mayor libertad política en Teherán.<sup>4</sup> 1,500 presos políticos, el 40% del total, fueron liberados en los primeros meses de 1977, reduciendo el número de presos a 2,200.<sup>5</sup> El origen de dicho cambio en la política represiva del Sha no pasó desapercibido en Irán. Como afirmó el ayatolá Hussein Ali Montazeri, entre la disidencia política se daba por hecho que era el resultado de la presión ejercida por Carter.<sup>6</sup>

El problema es que las reformas liberalizadoras llegaron en un momento de depresión económica. Las concesiones del régimen iraní se enmarcaban en un clima de creciente malestar social. Tras la percepción de una oposición dividida y arrinconada por la policía secreta (la SAVAK) se escondía la realidad de un régimen paralizado y debilitado. Desde Washington se asumía que las reformas del régimen, unidas a la mala coyuntura económica, darían pie a un período de turbulencias en Irán. No obstante, se tenía la convicción de que el régimen conservaba la fortaleza necesaria para capearlas. Por tanto, como afirmaría el segundo en la embajada estadounidense en Teherán Jack Miklos, las primeras protestas no causaron gran sorpresa entre el cuerpo diplomático. Se interpretaban como una consecuencia necesaria pero transitoria del proceso liberalizador.<sup>7</sup>

El otro punto de fricción entre la administración Carter y el Sha fue el relativo a la venta de armas. La única vez que Carter hizo referencia a Irán durante la campaña electoral fue para criticar la exportación de armas durante un debate con Gerald Ford. Para Carter, la Doctrina Nixon estaba fuera de control: Irán compraba más sistemas de armamento de los que podía absorber y el disparado gasto en defensa impedía destinar más recursos para atajar los

verdaderos problemas de Irán. Carter además recelaba del círculo vicioso creado por la venta de armas: cada nueva venta implicaba una mayor presencia de técnicos y asesores del ejército estadounidense en Irán.<sup>8</sup>

Para hacerse una idea del disparo del gasto en defensa durante los últimos años del reinado del Sha, Irán compró armamento a Estados Unidos por valor de a 18,095 millones de dólares entre 1972 y 1977 frente al volumen de 1,244 millones invertido entre 1950 y 1972.<sup>9</sup> El plan de Carter era desacelerar y poner orden en las exportaciones militares.<sup>10</sup> Al poco de llegar al Pentágono el Secretario de Defensa Harold Brown ordenó una auditoria del programa y Vance puso en marcha un calendario para una progresiva disminución de las ventas.<sup>11</sup> Carter quería evitar una carrera armamentística en la región y sospechaba de las ambiciones del Sha. Algunas de sus compras no se correspondían con las necesidades de defensa de Irán.

En consecuencia, el primer año de Carter en la Casa Blanca estuvo marcado por los anuncios de la cancelación, retraso o reducción en la venta de avanzados sistemas de armamento a Irán. Los dos casos más destacados fueron el del avión de combate F-18, que quedó fuera de la lista de ventas a Irán; y el del sistema AWACS, cuyo número se redujo considerablemente frente al solicitado por el Sha.<sup>12</sup>

Tras meses de incertidumbre sobre de la nueva política norteamericana con Irán, el Sha y Carter se reunirían por primera vez en otoño de 1977. La visita del Sha a Estados Unidos a mediados de noviembre presentaba un dilema para Carter. Parte de su administración lo presionaba para que hiciese de la ocasión un momento que dejase clara la prioridad de los derechos humanos en la nueva política exterior. Como observaría el embajador Sullivan, «muchos dentro de la administración y el partido demócrata aborrecían la idea de recibir a uno de sus aliados menos queridos.»<sup>13</sup> Los altos cargos de la administración, sin embargo, querían aprovechar la visita del monarca para resolver

malentendidos y evidenciar el apoyo de Carter al Sha.

Todo este debate quedaría ensombrecido por la imagen del Sha y Carter haciendo lo imposible por contener las lágrimas en los jardines de la Casa Blanca. En enfrentamiento de miles de disidentes iraníes con un pequeño grupo concentrado en apoyo del Sha finalizó con la policía haciendo uso de gas lacrimógeno. El viento arrastró la humareda a los jardines haciendo llorar a los asistentes a la recepción del Sha en Washington.<sup>14</sup> En un Irán acostumbrado a apariciones pétreas de un Sha en actitud marcial, la imagen de un monarca envejecido y con los ojos llorosos alteró profundamente la percepción acerca de la situación del régimen. Más allá del simbolismo de la imagen, la magnitud de las protestas llamó también profundamente la atención. Se trataban de los disturbios más serios acontecidos en Washington desde la guerra de Vietnam. De pronto, el régimen iraní no parecía tan sólido.

Apenas un mes más tarde se presentaría una nueva oportunidad para estrechar las relaciones entre el Sha y la nueva administración. En el que sería el segundo y último encuentro entre Carter y el Sha, el presidente norteamericano viajaría a Teherán para pasar la nochevieja en el palacio de Niavaran. El Sha recibió a Carter apelando a una antigua tradición persa según la cual el primer invitado del año sería un presagio de los eventos del año venidero. En el caso de Carter, aseveró el Sha, tenerlo en Teherán esas fechas era una muestra de un augurio «excelente.»

Sullivan y los diplomáticos norteamericanos de la embajada habían preparado unas notas para el discurso de Carter aquella noche. Sin embargo, el sobrio borrador de la embajada fue rechazado por Carter, quien insistió en redactar su propio discurso.<sup>15</sup> Las palabras escogidas por Carter para la cena en Niavaran no contenían nada de la prudencia buscada por los diplomáticos. El presidente norteamericano optó por halagar al Sha y alardear de que Irán constituía «una isla de estabilidad en una de las regiones

más turbulentas del mundo.»<sup>16</sup> Las palabras de Carter pillaron desprevenidos a todos los asistentes. Los diplomáticos de la embajada no daban crédito a que Carter brindase por «el respeto, admiración y amor» que el pueblo iraní profesaba por el Sha.<sup>17</sup> Como colofón, Carter alabó la situación de los derechos humanos en el país.<sup>18</sup>

Cuando los Carter abandonaron Teherán al día siguiente el Sha estaba eufórico. Todas las dudas que había albergado sobre Carter en los últimos doce meses quedaron disipadas. Ningún presidente se había dirigido nunca a él de aquella manera.<sup>19</sup>

### La revolución impensable

Las consecuencias de la visita de Carter no se hicieron esperar. Seguro otra vez de sí mismo y del respaldo norteamericano, el Sha se apresuró a ajustar cuentas con Jomeini, quien había acusado al Sha de estar detrás de la muerte de su hijo Mustafá en octubre. La primera salva de la campaña contra Jomeini sería el artículo publicado en *Ettela'at* el 6 de enero de 1978: «Irán y el imperialismo rojo y negro.» La pieza sería la chispa que desencadenaría las primeras protestas de la revolución iraní.<sup>20</sup> Soliviantados por un ataque que no solo percibían como difamatorio contra Jomeini, sino contra el clero y el islam en general, miles de jóvenes iraníes salieron a las calles a protestar en Qom y otras ciudades de Irán. La represión de las protestas pondría en marcha un círculo vicioso y una espiral de creciente violencia que se prolongaría por más de un año y acabaría con la monarquía de las Pahlavi.<sup>21</sup>

Para Estados Unidos Jomeini había caído prácticamente en el olvido desde los disturbios de 1963. El ayatolá no era más que una figura pintoresca que había tratado de hacer frente a la inevitable Revolución Blanca del Sha. Como reconocería más tarde el agente de la CIA Robert Jervis, la actitud de la inteligencia y la diplomacia norteamericana hacia Jomeini hasta la primavera de 1978 era de completa indiferencia.<sup>22</sup>

La reacción de Washington tras las muertes de varios manifestantes en Qom y Tabriz fue presionar al Sha para que adoptase una política de concesiones hacia la oposición. Dio así comienzo una política esquizofrénica que combinaba la mano dura para hacer frente las protestas con los guiños a la oposición tras la represión de estas.<sup>23</sup>

A finales de abril Cyrus Vance solicitó un informe sobre la situación en Irán. El embajador Sullivan comunicó que los disturbios que tenían lugar eran los más graves en «15 o 50 años.»<sup>24</sup> Siguiendo instrucciones de Washington, en sus conversaciones con el Primer Ministro Amouzegar, Sullivan insistió en que el proceso de liberalización debía continuar pese las protestas para dar oxígeno a la oposición moderada y desactivar la radical.<sup>25</sup> El mensaje fue transmitido directamente al Sha durante una visita de David Newsom, subsecretario del Departamento de Estado. En dicho encuentro se discutieron los planes del Sha para «legar un país democrático» a su hijo.<sup>26</sup> Había que evitar una política de mano dura que Estados Unidos no podía permitirse apoyar.<sup>27</sup>

Mientras Washington animaba al Sha a tender la mano a la oposición para atajar las protestas, la embajada norteamericana se apresuraba a hacer lo propio y tender puentes a la disidencia iraní. El secretario Vance había ordenado a Sullivan contactar con clérigos de la oposición para desarrollar una relación de confianza, así como para averiguar más acerca de la naturaleza y los objetivos de la oposición religiosa.<sup>28</sup> Se trataba de una tarea en la que había que empezar prácticamente de cero, ya que durante años la embajada se había apoyado en sus contactos con el gobierno y los informes de la SAVAK para informarse de la oposición. En el pasado, cualquier contacto con la disidencia había estado vetado para evitar las posibles sospechas del régimen iraní.

Sullivan reconocía que la ausencia de canales de comunicación con la oposición resultaba en un aislamiento de la embajada y en un empo-

brecimiento de los análisis diplomáticos y de inteligencia. Estados Unidos no podía depender exclusivamente de la información proveniente del gobierno de Irán.<sup>29</sup> La alianza con los Pahlavi no podía cegar a Estados Unidos ni impedir a sus diplomáticos y agentes de inteligencia hacer su trabajo en el país.<sup>30</sup> Los contactos con la oposición tenían que ser francos y frecuentes.

El abanico del espectro político de la oposición al Sha era muy amplio y con frecuencia se simplificaba en los informes diplomáticos con las etiquetas «izquierda» o «fundamentalista.»<sup>31</sup> Inmersos en la dicotomía de la Guerra Fría, muchos matices quedaban desdibujados u omitidos en los memorandos norteamericanos. Para simplificar las cosas se elaboró una lista con todos los grupos opositores iraníes, sus fines, líderes y afiliaciones. Una vez elaborada el Departamento de Estado elaboró una estrategia de acercamiento a aquellos grupos considerados más influyentes.<sup>32</sup> Los oficiales políticos de la embajada George B. Lambrakis y John D. Stempel coordinaron la operación sobre el terreno, organizando veladas y encuentros en los que diferentes miembros opositores eran invitados. Sin embargo, el entorno de Jomeini y los comunistas quedaron al margen de dichos contactos. Con lo cual, los únicos contactos que se establecieron fueron con las organizaciones liberales y socialistas.

Lo que quedó claro en los primeros contactos con la oposición fue que nadie se tomaba en serio las reformas liberalizadoras del Sha y que todos creían que la única salida era la marcha de los Pahlavis.<sup>33</sup> El paso más importante se dio en julio de 1978, cuando la embajada inició contactos con Mehdi Bazargan, miembro del Movimiento de Liberación, organización heredera del Frente Nacional de Mosaddeq.<sup>34</sup> Dicha relación sería de extrema utilidad para Estados Unidos durante los meses que siguieron al triunfo de la revolución.

Sorprendentemente, en medio del proceso revolucionario y del esfuerzo por entablar un

diálogo con la oposición, Sullivan decidió abandonar Irán en junio para tomarse unas largas vacaciones. La decisión resulta aún más llamativa cuando se tiene en cuenta que Sullivan llevaba menos de un año como embajador de Irán y todavía no se había familiarizado completamente con el país.<sup>35</sup>

Antes de irse, Sullivan escribió un memorando en el que se limitaba a señalar que, pese a las protestas, el Sha seguía ejerciendo «un control firme» sobre el país.<sup>36</sup> Los meses de junio, julio y agosto parecían darle la razón: el número de protestas decreció notablemente, así como la intensidad de los disturbios. Este interludio de calma tensa contribuyó a disipar el sentido de urgencia entre la diplomacia norteamericana y a errar de nuevo en sus predicciones.<sup>37</sup> Diplomáticos y analistas estaban satisfechos con la inesperada tregua, ya que ninguno estaba dispuesto a ser el primero en dar la voz de alarma o a imaginarse un futuro sin el Sha.<sup>38</sup> Tal era el nivel de engaño, que en una carta que Carter escribió al Sha en aquellos meses ni se mencionaban las protestas.<sup>39</sup>

En agosto el Sha prometió en un discurso televisado elecciones libres para el verano de 1979 así como nuevas leyes para proteger la libertad de prensa y asamblea.<sup>40</sup> En su correspondencia con Washington, Charles W. Naas, segundo al mando en la embajada, se congratuló por el discurso del Sha y atribuyó el mérito a la política de derechos humanos de Carter.<sup>41</sup> En su análisis, la CIA veía también la influencia de Washington en la decisión de dejar a otros partidos y no solo al Rastakhiz concurrir a las elecciones. Las protestas, concluía la CIA, no habían influido en la decisión del Sha.<sup>42</sup>

Por su parte, la oposición desconfiaba de las promesas del Sha y de la supuesta influencia benévola de Estados Unidos.<sup>43</sup> A finales de agosto se multiplicaron los disturbios, así como los ataques a legaciones norteamericanas. Aunque la ley marcial tuvo que ser impuesta en Isfahán, la CIA llegó a la conclusión de que Irán no se encontraba «en un estado revolucionario o pre-

revolucionario» y que el Sha seguiría en el poder mientras prosiguiese con las reformas liberalizadoras y contase con la lealtad del ejército.<sup>44</sup> Los disturbios no eran más que las inevitables turbulencias (aunque manejables) resultantes de todo proceso liberalizador.

La muerte de 420 personas en el cine Rex durante unos disturbios en Abadan no fue suficiente para que Sullivan acortase sus vacaciones, aunque una vez de vuelta en Teherán, Sullivan solicitó con urgencia que Carter escribiera al Sha reafirmando su apoyo a la monarquía y a las reformas liberalizadoras.<sup>45</sup> En opinión de Sullivan, había que evitar a toda costa que la ley marcial se extendiese a otras ciudades y que el Sha se decantase por una represión dura de las protestas.<sup>46</sup>

La CIA juzgaba a principios de septiembre que la situación todavía era «controlable».<sup>47</sup> Pero por primera vez los servicios de inteligencia norteamericanos desaprobaban la política de concesiones a la oposición debido a la probada «insaciabilidad» de Jomeini.<sup>48</sup>

Tras la caída del gobierno de Amouzegar y el nombramiento de Jafar Sharif Emami como nuevo Primer Ministro, la embajada fue consultada por miembros del nuevo gobierno acerca de la posible respuesta de Washington ante una represión generalizada y dura de las propuestas. El gobierno iraní estaba cada vez más convencido de que se les agotaban las concesiones aceptables y que cada vez se acercaba más el momento de una decisión acerca del uso de la fuerza.<sup>49</sup> Las respuestas de los diplomáticos norteamericanos eran, sin embargo, ambiguas. Se le alentaba al gobierno iraní a agotar la vía de la liberalización antes de recurrir a la represión, aunque ya para entonces los diplomáticos comentaban en privado que las concesiones a la oposición por parte del gobierno no eran más que un «alimentar los cocodrilos.»<sup>50</sup>

Tras las masivas manifestaciones del 7 de septiembre en Teherán, los altos mandos del ejército obtuvieron el permiso del Sha para imponer la ley marcial en la capital al día siguiente. Ese

día, las tropas bajo el mando del general Ovesi dispararon sobre los manifestantes en la plaza Jaleh. El número de muertos conmocionó al país y puso a Irán en el foco de la atención internacional.

Carter más tarde se defendería arguyendo que nunca perdió de vista los sucesos de Irán, aunque en sus diarios apenas se registran referencias a Irán entre los meses de enero a septiembre de 1978.<sup>51</sup> Finalmente, el 10 de septiembre Carter hablaría por teléfono durante seis minutos con el Sha.<sup>52</sup> En la breve conversación Carter insistió en la necesidad de culminar el proceso de transición hacia una verdadera monarquía parlamentaria en Irán.<sup>53</sup> Pero tras los hechos del 8 de septiembre el pacto entre la monarquía y la oposición era cada vez más una quimera.

Los servicios de inteligencia norteamericanos seguían pensando a finales de septiembre que el Sha sobreviviría a las protestas y las huelgas.<sup>54</sup> En octubre, con el incremento de las protestas y la parálisis social y económica, la embajada norteamericana ponía sus esperanzas en una salida negociada entre la oposición moderada (liderada según el punto de vista de Sullivan por el clérigo Shariatmadari y por el Frente Nacional de Sanjabi) y el Sha. Estados Unidos por tanto buscaba evitar que se reprodujese otro incidente como el del 8 de septiembre y que el Sha hiciese nuevas concesiones para allanar el camino al diálogo. De darse una nueva represión violenta, la oposición moderada quedaría desacreditada y no tendría otra opción que echarse en brazos de Jomeini y seguir su línea dura.<sup>55</sup>

Sim embargo, se trataba de una ilusión. La iniciativa ya no estaba en manos del Sha, ni siquiera en las de la «oposición moderada.» Solo Jomeini conseguía integrar a la oposición y solo él tenía la llave.<sup>56</sup>

El 10 de octubre, durante el curso de una rueda de prensa, Carter declaró que no tenía intención de inmiscuirse en los asuntos internos de Irán.<sup>57</sup> Ese mismo mes se incrementaron

los contactos entre representantes del gobierno norteamericano y líderes de la oposición iraníes. Nasser Minatchi, Mehdi Bazargan, Karim Sanjabi, Rahmatollah Moghaddam-Maraghei y Shariatmadi eran las figuras en el punto de mira de Washington. A través de la mediación del académico Richard Cottam, la Casa Blanca inició contactos con Ibrahim Yazdi, colaborador estrecho de Jomeini.<sup>58</sup> Por primera vez se reconocieron los contactos con la oposición, aunque Vance se apresuró a tranquilizar al nuevo ministro de exteriores iraní, Amir Khosrow Afshar, sobre la naturaleza y el objeto de los mismos.<sup>59</sup> Mientras tanto, el ejército iraní fue informado de que Estados Unidos no apoyaría un golpe de estado para resolver la crisis.<sup>60</sup>

La ambigüedad norteamericana y los contactos con la oposición convencieron al régimen y a la oposición de Washington haría tratos con cualquiera con tal de mantener un régimen aliado en Teherán que asegurase el acceso continuado al petróleo.<sup>61</sup> Lo cierto es que el gobierno de Estados Unidos no sabía qué hacer. El director de la CIA en aquel momento, Stansfield Turner, reconoció no saber lo que era un ayatolá y que las claves de los sucesos en Irán se le escapaban por completo.<sup>62</sup> Por otra parte, el asesor de seguridad nacional, Brzezinski y el secretario de estado, Vance, defendían políticas opuestas para resolver la crisis en Irán. Brzezinski apoyaba una política de mano dura y juzgaba que había que paralizar del proceso de liberación hasta que el orden fuera restablecido en Irán. Las concesiones solo servían para poner de manifiesto la debilidad del Sha, y con Jomeini no había compromiso posible.<sup>63</sup> En el Departamento de Estado, por el contrario, cada vez se tenía más claro que el Sha estaba acabado y que había que negociar seriamente con la oposición. Una transición política era irremediable. Washington debía trabajar tan solo para que esta fuese lo más ordenada posible.<sup>64</sup>

Brzezinski acusó a Vance y Sullivan de menoscabar la política de Carter para Irán mientras que Vance acusó a Brzezinski de emular a Kis-

singer al llevar a cabo una política exterior de espaldas al Departamento de Estado. Ambos se culpaban de la ausencia de una política coherente y decidida con respecto a Irán.<sup>65</sup> Vance pensaba que lo mejor que podía hacer Estados Unidos, si quería mantener una relación duradera con Irán, era distanciarse progresivamente del Sha y trabajar en la transición. Para Brzezinski, el Sha era la única opción de garantizar un gobierno aliado en Irán. Estados Unidos había sido el aliado de los Pahlavi durante décadas, así que no tenía ningún sentido pensar que ahora podías desasociarse del régimen. Era una carta que nadie en Irán tomaría en serio.<sup>66</sup> Vance pensaba que solo la marcha del Sha pondría fin al caos, mientras que Brzezinski defendía que solo su presencia lo evitaría. El Sha no sería sucedido por un gobierno moderado, sino por la anarquía o un gobierno radical y hostil a Estados Unidos.<sup>67</sup>

En sus conversaciones con el Sha, Sullivan manifestó que Estados Unidos no apoyaría la formación de un gobierno militar.<sup>68</sup> Por el contrario, Brzezinski consideraba un gobierno militar imprescindible para atajar la crisis. Pero para Vance y Sullivan, si este gobierno se formaba y Washington lo apoyaba, Carter se haría corresponsable de las víctimas que resultasen de la violenta represión.<sup>69</sup> Al contrario de lo que afirma en sus memorias, Carter nunca apoyo de forma clara e inequívoca la formación de un gobierno militar.<sup>70</sup> De hecho, le frustraba la indecisión del Sha y que este solo pudiese dar un paso si tenía el apoyo explícito de Washington para darlo. Tras una tensa reunión en la Casa Blanca, se decidió informar al Sha que contaba con el «apoyo sin reservas» de Carter y que Estados Unidos esperaba que reiniciase el proceso liberalizador una vez se restableciera el orden.<sup>71</sup> Finalmente, el mensaje terminaba recordando al monarca que Washington nunca asumiría las responsabilidades por las acciones que solo al Sha le correspondían tomar.<sup>72</sup>

Al contrario de lo que pensaba Sullivan, el mensaje acordado en la Casa Blanca a principios de noviembre distaba mucho de ser un cheque

en blanco al Sha. Ni siquiera se mencionaba el gobierno militar. Tan solo se hablaba de las medidas que hubiese que tomar para poner fin a la crisis. Es más, dejaba claro que Estados Unidos no animaba a tomar ninguna medida en concreto, tan solo lo alentaba a «considerar todas las opciones.»<sup>73</sup>

Tras una espectacular noche de disturbios el 5 de noviembre y sin el apoyo explícito de Carter, el Sha se decidió por un gobierno militar que lo sería solo en las formas, pero no en el fondo. El 6 de noviembre el general Azhari fue puesto al frente del gobierno en sustitución de Emami. El «gobierno militar» de Azhari estaba compuesto por una mayoría de civiles y se estrenó con una nueva batería de concesiones a la oposición entre las que destacaron los arrestos bajo acusaciones de corrupción del antiguo primer ministro Hoveyda y del antiguo jefe de la SAVAK Nassiri.<sup>74</sup>

#### Pensando lo impensable

«Pensando lo impensable» es el título del memorando que Sullivan envió a Washington el 9 de noviembre. El mensaje era simple y directo: el Sha estaba prácticamente acabado y había que ponerse a trabajar en un futuro sin él.<sup>75</sup> La prioridad, según Sullivan, era llegar a un acuerdo entre el ejército y el clero para evitar un gobierno izquierdista. La creación de una república islámica en Irán no era el peor escenario, ya que un gobierno religioso nunca sería un aliado de Moscú.<sup>76</sup> Sullivan esperaba que una vez prevalecido sobre el Sha, Jomeini se convirtiese en una especie de «Ghandi» alejado de la política y que el acuerdo con el ejército evitase un gobierno radical. La clave era asegurar la integridad del ejército y que este moderara las inclinaciones del futuro gobierno salido tras el triunfo de la revolución.<sup>77</sup> La acomodación entre el clero y el ejército garantizaría también una transición ordenada y pacífica a la vez que dejaría fuera de la mesa a los comunistas.

El memorándum de Sullivan fue recibido con

consternación en Washington. Al cabo de unos días, el mensaje de Sullivan sería filtrado a la prensa.<sup>78</sup> Carter se planteó el despido de Sullivan, pero Vance le convenció para mantenerlo hasta el final de la crisis. No obstante, Carter no volvería a confiar en Sullivan.<sup>79</sup> El resultado inmediato fue un aumento de las visitas de emisarios de Washington a Teherán que actuarían bajo órdenes directas de la Casa Blanca y sin control alguno por parte de Sullivan. El primero fue Stanley Escudero, que había servido como oficial político en la embajada de Teherán a principios de la década. La misión de Escudero fue la entablar un diálogo con los clérigos en Irán cercanos a Jomeini y con el ayatolá Behesti en particular.<sup>80</sup> Mientras tanto, un desencantado Sullivan se dedicó a filtrar cada vez más sus puntos de vista sobre la revolución a la prensa.<sup>81</sup> Sullivan culparía de su desgracia al embajador iraní en Washington, Ardeshir Zahedi, quien tendría bajo su influencia a miembros clave de la administración. Según Sullivan, Zahedi pretendía convencer a Brzezinski y otros de que era posible resolver la crisis con un golpe de estado similar al de 1953.<sup>82</sup> Las intoxicaciones de Zahedi impedirían a la Casa Blanca tener una imagen clara de la situación hasta que ya fue demasiado tarde.

El siguiente emisario en aterrizar en Teherán fue el secretario del tesoro Mike Blumenthal, quien transmitió al Sha un mensaje de Carter en el que le animaba a liderar un proceso de transición política en el país.<sup>83</sup> Sin embargo, Blumenthal quedó sobrecogido por la situación en la que encontró al Sha. El monarca iraní parecía una sombra de aquel líder con el que se había reunido tan solo unos meses atrás. Durante la reunión se mostró en un estado depresivo y distraído, convenciendo a Blumenthal de que había perdido las facultades para liderar el país.<sup>84</sup> A su regreso a Washington Blumenthal animaría a Carter a intensificar los contactos con la oposición.<sup>85</sup>

El nerviosismo y la tensión fueron creciendo con la llegada del mes de muharram en diciembre. Para evitar una imagen de colapso, el

gobierno iraní había pedido a la embajada que calmase a la comunidad norteamericana en el país y que no alentase su éxodo.<sup>86</sup> Había que evitar una imagen de estampida como la de Saigón tres años antes. El Departamento de Estado finalmente aprobó reducir el número de estadounidenses en Irán de 35,000 a 20,000. El número resultante podría ser más fácilmente protegido y evacuado en caso de emergencia.<sup>87</sup>

Mientras tanto, Carter ordenó un nuevo informe sobre la situación en Irán. Esta vez se confió el mismo a una persona de reconocido prestigio ajena a la administración. George W. Ball, quien había servido en el Departamento de Estado en los años 60, fue llamado a la Casa Blanca para ofrecer una perspectiva fresca e imparcial sobre las opciones en Irán. Ball nunca había simpatizado con el Sha y pronto se posicionó en contra de Brzezinski. Ball llegó a la conclusión de que la monarquía estaba «al borde del colapso» y que Carter debía apoyar una transferencia del poder a un gobierno que reflejase la voluntad del pueblo. Continuar apoyando al Sha dañaría la futura posición de Estados Unidos en Irán. Si Carter no marcaba distancias con los Pahlavi, concluía Ball, daría la impresión de ser «el director de la orquesta del Titanic.»<sup>88</sup>

Uno de los mecanismos propuestos por Ball para esta transferencia de poder era la creación de un «consejo de notables» formado por figuras independientes de reconocido prestigio que coordinase la transición de la monarquía del Sha a una democracia liberal. Ball también animaba a establecer contactos directos con Jomeini.<sup>89</sup> Las conclusiones de Ball eran diametralmente opuestas a la política de mano dura defendida por Brzezinski, quien fue respaldado por Brown y Turner.

En lo que todos empezaban a coincidir en Washington era en que había que sortear al Sha para resolver la crisis. Nadie tenía ya fe en la capacidad del Sha para poner fin al problema. Mientras que Vance consideraba al Sha un obstáculo para un gobierno de reconciliación nacional

y abogaba por acercarse a la oposición, Brzezinski, pensaba que el Sha era un impedimento para la creación de un verdadero gobierno militar y defendía tratar directamente con el ejército para animarlos en una política de mano dura. Mientras tanto, el Sha estaba entre la espada y la pared: hacer nuevas concesiones implicaría apartarse del poder y para reprimir duramente a los manifestantes quería que Estados Unidos se hiciese corresponsable de la decisión.<sup>90</sup>

El vicepresidente, Walter Mondale, se oponía junto con Vance a los planes de Brzezinski. Ambos transmitieron a Carter que no podía hacer lo que Nixon y Kissinger hicieron con Pinochet en Chile. Si Estados Unidos condonaba un golpe su legado de derechos humanos quedaría hecho añicos.<sup>91</sup> En lo que coincidían con Brzezinski era en asegurar la integridad del ejército. Mientras que Vance lo necesitaba para garantizar un contrapoder al de los revolucionarios tras la transición, un ejército intacto era imprescindible para los planes de un golpe de estado de Brzezinski.<sup>92</sup>

Al final, Carter optó por apoyar la propuesta de Ball. En vez de un consejo de notables se trabajó con la idea de un consejo regente que gobernaría el país en nombre del Sha durante su ausencia. El consejo, compuesto por miembros de confianza tanto del Sha como de la oposición, aceleraría las reformas para democratizar Irán y llevaría a cabo un proceso de transición que desembocaría en una república o en una verdadera monarquía constitucional. El consejo regente permitiría desbloquear la situación y alejar al Sha de la escena a la vez que impediría a Jomeini asumir un control absoluto del país.<sup>93</sup>

Consejo regente y gobierno de coalición: el responsable del Departamento de Estado para Irán, Henry Precht, se reunió con Ibrahim Yazdi en París el 13 de diciembre para sondear la opinión de Jomeini al respecto. Yazdi se limitó a pedir que Carter dejase de apoyar al Sha y que un Irán con Jomeini seguiría exportando petróleo a Estados Unidos y Europa. También aseguró que la futura república islámica no participaría en acciones militares contra Israel.<sup>94</sup>

En reuniones con Mehdi Bazargan, el futuro primer ministro del primer gobierno provisional de la república islámica garantizó que el pueblo votaría en referéndum el futuro del país. Bazargan también se comprometió a que el triunfo de la revolución no sería seguido por ejecuciones y represión. También dejó claro que Irán seguiría siendo un país «anticomunista.»<sup>95</sup>

El 24 de diciembre, una manifestación rodeó la embajada estadounidense en Teherán. Los manifestantes prendieron fuego a un coche, arrojaron piedras y lograron abrir las puertas del complejo. Los marines de la embajada tuvieron que dispersar a los manifestantes usando gas lacrimógeno.<sup>96</sup> La situación en la capital se deterioraba a marchas forzadas. A finales de diciembre la basura ardía en las calles de la ciudad y la gente hacía colas en las gasolineras: la producción de petróleo había caído al mínimo histórico de 231.000 barriles diarios.<sup>97</sup>

El 26 de diciembre, durante el curso de una de sus frecuentes audiencias en Niavarán, el Sha preguntó a Sullivan qué deseaba Carter que hiciera. ¿Apoyaría una política de mano dura si esta resultaba en la muerte de centenares de personas?<sup>98</sup> Diez días más tarde Carter envió un mensaje al Sha pidiéndole que tomase una decisión, fuese la que fuese, para poner fin a la situación. El mensaje también dejaba claro que la opción favorecida por Washington era de la formación de gobierno de coalición civil. Si el Sha se veía incapaz de tomar ninguna decisión, Carter le recomendaba abandonar el país y dejar un consejo regente en su lugar.<sup>99</sup>

La carta de Carter suponía el fin de la monarquía.<sup>100</sup> Ante la negativa de la oposición, la formación de un gobierno de coalición era imposible y sin el apoyo explícito de Carter a una represión generalizada el Sha no estaba dispuesto a dar la orden a los militares.<sup>101</sup> Tanto Carter como el Sha sabían que solo quedaba la carta del consejo regente. Para hacerlo más fácil, Carter transmitió al Sha que siempre podría buscar refugio en Estados Unidos.<sup>102</sup>

El Sha acabó ofreciendo el puesto de primer ministro al miembro del Frente Nacional Shapur Bakhtiar, quien había servido en el gabinete de Mossadeq. Sin embargo, en enero de 1979 las credenciales de Bakhtiar como miembro de la oposición estaban bastante cuestionadas.<sup>103</sup> El dos de enero el Sha anunció su intención de abandonar el país en los próximos días para tomarse unas vacaciones. El tres de enero Bakhtiar juró el cargo de Primer Ministro y un día más tarde llegó el último (y más controvertido) emisario de Carter: el general Robert E. Huyser.

Esta vez ni Sullivan ni el Sha fueron consultados. Huyser era enviado a Teherán para negociar directamente con el ejército iraní sin pedir permiso al Sha o coordinarse con Sullivan.<sup>104</sup> Su misión era asegurar la unidad del ejército y evitar que el avanzado equipamiento americano vendido a Irán cayese en manos equivocadas.<sup>105</sup> Huyser también se convertiría en el representante de facto de Carter en Irán, dada la total falta de confianza en Sullivan.<sup>106</sup> Entre las órdenes de Huyser estaban las de evitar la desertión de los altos mandos del ejército así como disuadirlos de su juramento de obediencia al Sha. En sus instrucciones también se incluía la posibilidad de coordinar un golpe de estado si la situación lo requería.<sup>107</sup> Sin embargo, dicha opción nunca fue considerada seriamente. Carter se lo dejó claro a Brzezinski en una reunión: Estados Unidos no podía permitirse verse involucrado en otro asunto de ese tipo y en el ejército iraní no había un líder que pudiese hacerse cargo de la operación. Sin la identificación de un Pinochet iraní no se activaría dicha opción.<sup>108</sup>

Mientras Huyser aterrizaba en Teherán Carter asistía a una cumbre en Guadalupe con los aliados europeos. Allí fue informado por Vance de informaciones que apuntaban a una maniobra del ejército para tomar el mando, reprimir duramente las protestas e impedir la marcha del Sha. Brzezinski no dudó en manifestar su apoyo a la iniciativa mientras que Vance y Mondale querían que Sullivan dejase claro a los generales que Washington no lo vería con buenos ojos. Car-

ter finalmente optó por dejar a los generales sin respuesta y no sancionar el golpe.<sup>109</sup> El otro gran asunto tratado en Guadalupe era el de la conveniencia o no de entablar conversaciones directas con Jomeini. Una vez más, Vance y Brzezinski se encontraban en polos opuestos. También, una vez más, Carter reusó tomar partido entre ambos: se abriría un canal de diálogo indirecto con Jomeini a través del gobierno francés.<sup>110</sup>

El que Huyser recorriese los cuarteles de Teherán en reuniones con los jefes de las distintas ramas del ejército sin ni siquiera haberse presentado primero ante el Sha causó gran conmoción en la corte. Cuando el Sha se enteró de su presencia y de sus actividades temió que Carter estuviese preparando un golpe a sus espaldas. Tampoco ayudó el que los propios generales iraníes no tuviesen una idea muy clara sobre el propósito de Huyser.<sup>111</sup> Bakhtiar tampoco había sido informado y pronto sospechó que Huyser preparaba al ejército para supervisar una transición ordenada hacia la república islámica.

Antes de partir, el Sha se reunió con los altos mandos del ejército para ordenarles que se mantuvieran firmes en su apoyo a Bakhtiar y el consejo regente.<sup>112</sup> La diplomacia norteamericana juzgaba que el gobierno de Bakhtiar era débil y estaba aislado, aunque un golpe no era la solución.<sup>113</sup> Un documento del Departamento de Estado afirmaba que permitir un golpe o una represión militar en Irán sería «inconsistente con las políticas» de la administración Carter.<sup>114</sup> El papel del ejército sería el de mantenerse unido y asegurar que los comunistas no ejerciesen ningún tipo de influencia en Irán. A pesar de la insistencia de Brzezinski, Carter se negó a autorizar a Huyser a coordinar un golpe.<sup>115</sup> Cuando los generales Rabii y Toufavian presentaron a Huyser un plan para hacerse con el control de las instituciones Huyser les recordó que debían lealtad a Bakhtiar.<sup>116</sup>

Mientras Huyser trataba de apaciguar al ejército iraní, la Casa Blanca seguía discutiendo la posibilidad de enviar un emisario para negociar directamente con Jomeini. De nuevo Carter

descartó la idea y se decidió proseguir con la política de la intermediación francesa. Ante la negativa de Carter Sullivan propuso ignorarla y establecer una línea de contacto secreta con Jomeini.<sup>117</sup> Al enterarse, Carter se propuso despedir a Sullivan por insubordinación, aunque finalmente fue disuadido por Vance.<sup>118</sup>

Para evitar nuevos malentendidos y reproches, el Pentágono elaboró una lista de prioridades en Irán:

- Un gobierno fuerte y estable cercano a Estados Unidos.
- Un gobierno civil mejor que uno militar.
- El gobierno civil debía contar el apoyo incondicional del ejército.
- Asegurar unas fuerzas armadas leales a la cadena de mando.
- Cualquier resolución de la crisis debía de implicar el menor derramamiento de sangre posible.
- Un golpe militar era una opción de último recurso.
- Completaba la lista otra con los posibles escenarios futuros ordenados por orden de preferencia:
- Bakhtiar conserva el poder.
- Una transición pacífica del gobierno de Bakhtiar a uno más aceptable para Jomeini.
- Un golpe militar.
- Una república islámica.
- Un gobierno comunista.<sup>119</sup>

«Nuestra esperanza,» declaró Turner, «parece que reside en un acuerdo entre el ejército y la oposición religiosa.»<sup>120</sup> Lo que estaba claro es que Estados Unidos no podía seguir pensando en el futuro del Sha, ya solo quedaba pensar en cómo salvar los intereses de Estados Unidos en Irán, fuese con quien fuese.<sup>121</sup> Mientras el Sha siguiese la inestabilidad continuaría y Bakhtiar no tendría una oportunidad. Si Jomeini regresaba provocaría el colapso del gobierno de Bakhtiar. A mediados de enero la política norteamericana consistía en mantener alejados al Sha y a Jomeini de Irán.

Tras la partida del Sha el 16 de enero Huyser y Sullivan se apresuraron a actuar de mediadores entre el entorno de Jomeini y el ejército, pero no pudieron convencer a Bazargan y Behesti. La desconfianza entre ambos grupos seguía siendo insalvable.<sup>122</sup> Desde París, Jomeini anunció la creación de un consejo revolucionario que lideraría la transición política del país. El ayatolá se negaba a reconocer cualquier otra autoridad política en Irán que no fuese el consejo revolucionario.

El 22 de enero Sullivan y Huyser presentaron una rara propuesta conjunta. Temían que el enfrentamiento entre el ejército y el clero acabase por desgastar a ambos mientras los comunistas permanecían al margen conservando sus fuerzas. Puesto que el ejército y el clero eran ambos anticomunistas había que trabajar para que uniesen sus fuerzas y llegasen a un acuerdo. Sin embargo, Carter quería dar una oportunidad al gobierno de Bakhtiar, que se había comprometido a celebrar elecciones libres en un plazo de tres meses. Jomeini también pedía elecciones libres, pero no aceptaba que el gobierno de Bakhtiar o el consejo regente tutelasen el proceso, solo el consejo revolucionario y el gobierno provisional que dirigiría Bazargan podrían liderar el país hasta las elecciones.<sup>123</sup>

La embajada estadounidense vio con Buenos ojos el nombramiento de Bazargan, que significaría un giro hacia la moderación en la política de Jomeini.<sup>124</sup> Al contrario que Brzezinski, el Departamento de Estado y la CIA pensaban que todavía era posible un acercamiento con Jomeini y que una vez de vuelta en Irán se contentaría con un puesto de guía espiritual del país, alejado del poder político.<sup>125</sup> Si se daba un golpe, la reconciliación entre Estados Unidos e Irán sería imposible.

La señal de que Estados Unidos abandonaba definitivamente la opción del golpe fue la salida de Huyser de Irán. El único militar norteamericano que podía coordinar una acción conjunta de los generales iraníes abandonaba la escena en vísperas del regreso de Jomeini.<sup>126</sup>

El 5 de febrero, Jomeini hizo oficial el nombramiento de Bazargan como jefe de un «gobierno islámico provisional.»<sup>127</sup> El pueblo iraní debía obedecer las órdenes de dicho gobierno y no las del de Bakhtiar. Vance recordó que Washington solo reconocía la autoridad del gobierno de Bakhtiar pero ordenó a Sullivan mantener un contacto estrecho con Bazargan.<sup>128</sup> La Casa Blanca ya no consideraba que Bakhtiar pudiese sobrevivir por mucho tiempo. En el transcurso de una entrevista, el director de la CIA Stansfield Turner afirmó que Estados Unidos ayudaría a buscar un «acomodo» entre Jomeini y Bakhtiar que garantizase una «transición pacífica.»<sup>129</sup> El 7 de febrero Kissinger se reunió con Carter en el despacho oval para tratar de convencerle en vano de que apoyase una toma del poder por los militares.<sup>130</sup>

El 8 de febrero las calles fueron tomadas por millones de iraníes. Centenares de reclutas del ejército se unieron a los manifestantes. En un intento desesperado de aplacar a los manifestantes, Bakhtiar prometió la pronta convocatoria de un referéndum.<sup>131</sup> En varias bases militares se ordenó a los contratistas y asesores militares norteamericanos abandonarlas.<sup>132</sup> Al día siguiente varias bases militares en Teherán y otros puntos del país declararon su lealtad a Jomeini y Bazargan. Cuando la Guardia Imperial trató de reprimir a los militares amotinados se inició una lucha armada a la que pronto se unieron miles de manifestantes.<sup>133</sup> El 11 de febrero Bakhtiar recibió con sorpresa la noticia de que el alto mando del ejército declaraba su neutralidad. El anuncio ponía fin a cualquier esperanza del gobierno de Bakhtiar y sellaba el triunfo de la revolución. Ese mismo día Bakhtiar partiría al exilio. Mientras tanto, en una frenética reunión en la Casa Blanca que se alargaría durante tres horas, Brzezinski trataría de organizar en vano un golpe de última hora con Huyser.<sup>134</sup> Con el ejército iraní decapitado y los soldados desertando y amotinándose, Huyser afirmó que necesitaría el apoyo de decenas de miles de soldados norteamericanos para organizar un golpe. Una

vez más, Brzezinski se quedó solo en su propuesta.

### *Lecciones no aprendidas: la reconciliación imposible entre Washington y Teherán*

El triunfo de la revolución trajo señales confusas sobre el porvenir de las relaciones entre Washington y Teherán. Varios militares norteamericanos estuvieron a punto de morir durante el asalto final a algunos cuarteles. Sin embargo, la intervención de líderes revolucionarios como Ibrahim Yazdi o Behesti garantizó la evacuación ordenada y pacífica del personal estadounidense.<sup>135</sup> La embajada norteamericana fue tomada al asalto por un grupo revolucionario el 14 de febrero. Sullivan y el resto del personal fueron tomados como rehenes durante horas antes de que la intervención de Yazdi y Bazargan lograra su liberación.<sup>136</sup> En su primer comunicado tras el triunfo revolucionario, Carter agradeció directamente a Bazargan su papel en la protección del personal norteamericano en Irán. Carter también manifestó su deseo de mantener una cooperación «pacífica y productiva» con el nuevo régimen en el futuro.<sup>137</sup>

En los nueve meses de gobierno de Bazargan Washington trataría de reestablecer un clima de confianza con las nuevas autoridades. El gobierno provisional se nutrió de representantes de la oposición «moderada» con los que Washington ya había establecido contacto en los meses previos: tanto el viceprimer ministro Abbas Amir-Entezam como los ministros de exteriores Karim Sanjabi e Ibrahim Yazdi eran conocidos por la diplomacia y los servicios de inteligencia norteamericanos. Las esperanzas de Carter se cifraron en un Jomeini recluido en Qom y alejado de la política que dejase las manos libres a Bazargan para marcar el nuevo rumbo al país. Tanto Bazargan como la mayoría de sus ministros «mantenían relaciones estrechas con las potencias occidental,» observó satisfecho Carter.<sup>138</sup>

El primer error de Carter fue el de tratar de acelerar el proceso de normalización de rela-

ciones con la república islámica y el segundo fue el de ligar el futuro de Washington en Irán a la suerte del gobierno de Bazargan. Sullivan, como era de esperar, dejó su puesto y fue sustituido por un encargado de negocios, Charles Naas. Las instrucciones dadas a Naas eran las de restaurar las relaciones diplomáticas normales con el nuevo gobierno de Irán. Ignorando el peso de varias décadas de estrecha alianza con el Sha, Carter pretendía establecer relaciones con el gobierno revolucionario lo más pronto posible.

El puesto de Naas era temporal. Walter Leon Cutler, quien había servido en el consulado de Tabriz en los años sesenta, fue designado a finales de abril como el nuevo embajador en Irán.<sup>139</sup> Carter quería a Cutler en Teherán lo antes posible, pero las autoridades iraníes se negaron a aceptarlo. Cutler nunca pondría un pie en Irán y Sullivan, contra todo pronóstico, resultaría haber sido el último embajador estadounidense en el país.

Aunque Naas había asegurado a Yazdi que Washington no quería «avergonzar» al gobierno provisional con una «forzada reconciliación,» lo cierto es que eso fue precisamente lo que hizo Washington durante los primeros meses de 1979.<sup>140</sup> Sin embargo, había dos factores que se interponían en dichos planes: el congreso y Jomeini. El congreso estadounidense pasó dos resoluciones en mayo y junio condenando la represión en Irán y la situación de la comunidad judía.<sup>141</sup>

Jomeini criticó duramente ambas resoluciones, que para muchos iraníes confirmaban que Estados Unidos no había abandonado el hábito de interferir en los asuntos domésticos de Irán.<sup>142</sup> Otros asuntos complicaban la relación: durante el verano de 1979 varias empresas norteamericanas demandaron al gobierno de Irán por incumplimiento de contrato. Jueces en Nueva York y Dallas ordenaron la congelación de fondos iraníes en el país mientras se resolvía el litigio.<sup>143</sup> Aunque Naas se empeñó en asegurar que el congreso y los jueces estaban más allá de la autoridad del gobierno de Carter, para los

iraníes no había mucha diferencia entre las diferencias ramas del gobierno.

El gobierno provisional estaba mientras tanto bajo una presión inmensa: varios líderes revolucionarios fueron objeto de atentados terroristas, grupos militantes kurdos y baluchis se sublevaron, las manifestaciones de protesta por la mala situación económica se multiplicaban y corrían rumores sobre los esfuerzos de un Bakhtiar en el exilio por organizar una contrarrevolución. Numerosos iraníes creían firmemente que Estados Unidos estaba detrás de todos esos hechos. Para ellos Washington nunca aceptaría la consolidación de la república islámica.

Mientras tanto, el gobierno provisional era percibido cada vez más en Irán como sujeto a la influencia de Washington. Bazargan y su entorno parecían traicionar el espíritu de la revolución con la timidez y la lentitud en la aplicación de las reformas. El malestar social desgastaba a Bazargan mientras que aumentaba todavía más el prestigio y la autoridad de Jomeini. Con el paso del tiempo el distanciamiento entre Jomeini y el gobierno provisional se fue haciendo más palpable con el proceso constituyente, que amenazaba con desagarrar al país.

Carter no parecía entender que Estados Unidos era un elemento tóxico cuya asociación con Bazargan no ayudaba en nada a la consolidación de este. Aunque Bazargan quería unas relaciones amistosas con Washington, era consciente que el proceso debía tomar tiempo, dada la asociación de Estados Unidos con el régimen del Sha. Carter no tenía la paciencia para ello y creía que bastaba con dejar claro que América aceptaba la revolución y no trabajaba para revertirla para borrar de un plumazo el pasado en las relaciones iranio-americanas.<sup>144</sup>

Carter nunca comprendió que la revolución no había terminado en febrero de 1979. La caída de Bakhtiar solo había abierto un período de transición que se prolongaría durante meses. Dicho proceso estaría caracterizado por una gran tensión política, económica y social en Irán. Radicales de izquierda, liberales y el entorno de

Jomeini luchaban por definir el futuro marco institucional y legal del país. Para Jomeini, una parte esencial de dicho proceso de transición implicaba la expulsión de Irán del padrino de la monarquía de los Pahlavi: Estados Unidos.

En octubre de 1979 se volvió a dar un impulso al proceso de normalización de las relaciones. Vance se reunió con Yazdi en Nueva York. Semanas después Brzezinski se reunió con Bazargan en Argelia. La situación parecía desbloquearse. Estados Unidos ofreció análisis de inteligencia al gobierno de Bazargan que alertaban del peligro de invasión soviética tras el golpe comunista en Afganistán. Carter esperaba usar la amenaza soviética como un elemento clave en el proceso de reconciliación. Sin embargo, la admisión del Sha a un hospital neoyorkino y el asalto a la embajada en Teherán pusieron fin a este proceso.

A la toma de los rehenes de la embajada siguió la caída del gobierno de Bazargan. El gobierno de Carter quedó impotente para resolver la crisis. Casi ninguno de los contactos cuidadosamente labrados ocupaba ya un puesto en el gobierno. Durante los meses previos la administración de Carter no se había preocupado de establecer contacto con Jomeini y su entorno.

Para entenderla, la crisis de los rehenes debe ser enmarcada dentro del proceso inacabado de transición política en Irán. Solo cuando Jomeini hubo consolidado las instituciones de la república islámica y consolidado su liderazgo indiscutible sobre ella pudo resolverse la crisis de los rehenes. Estados Unidos había quedado fuera del país y la tensión de la crisis ya no era necesaria para barrer a sus rivales y aglutinar el país en torno a su figura. Fue entonces cuando se les permitió regresar a Estados Unidos. Se abriría entonces un nuevo capítulo en las relaciones entre Estados Unidos e Irán.

#### FUENTES

Digital National Security Archive (DNSA), The National Security Archive, George Washington University, Washington D.C.

Jimmy Carter Presidential Library (JCPL), Atlanta, Georgia.

National Archives and Records Administration (NARA), CIA Records (CREST), College Park, Maryland.

Documents from the U.S. Espionage Den (DUSED), vols. 1-77 (Tehran: Muslim Students Following the Line of the Imam, Center for the Publication of the U.S. Espionage Den's Documents, 1979-).

Public Papers of Jimmy Carter (PPJC): 1977-1981, vols. I-IX (Washington: U.S. Government Printing Office, 1978-1982).

#### BIBLIOGRAFÍA

Ball, George W., *The Past has another Pattern: Memoirs*, Norton, Nueva York, 1982.

Bill, James A., *The Eagle and the Lion: The Tragedy of American-Iranian Relations*, Yale University Press, New Haven, 1988.

Blumenthal, W. Michael, *From Exile to Washington: A Memoir of Leadership in the Twentieth Century*, Over Look Press, Nueva York, 2013.

Brzezinski, Zbigniew, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981*, Farrar, Straus, Giroux, Nueva York, 1983.

Carter, Jimmy, *Keeping Faith: Memoirs of a President*, Bantam Books, 1982.

- *White House Diary*, Farrar, Straus, Giroux, Nueva York, 2010.

Cooper, Andrew Scott, *The Oil Kings*, Simon & Schuster, Nueva York, 2011.

Ganji, Babak, *Politics of Confrontation: The Foreign Policy of the USA and Revolutionary Iran*, I.B. Tauris, Londres, 2006.

Harney, Desmond, *The Priest and the King: An Eyewitness Account of the Iranian Revolution*, I.B. Tauris, Londres, 1998.

Huyser, Robert E., *Mission to Tehran*, André Deutsch, Londres, 1986.

Jervis, Robert, *Why Intelligence Fails: Lessons from the Iranian Revolution and the Iraq War*, Cornell University Press, Ithaca, 2010.

Milani, Abbas, *The Shah*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2011.

Newsom, David D., *Witness to a Changing World*, New Academia Publishing, Washington, 2008.

Pahlavi, Mohammad Reza, *Answer to History*, Stein and Day, Nueva York, 1980.

Parsons, Anthony, *The Pride and the Fall: Iran 1974-1979*, Jonathan Cape, Londres, 1984.

Sick, Gary, *All Fall Down: America's Fateful Encounter with Iran*, Penguin Books, Nueva York, 1986.

Stempel, John D., *Inside the Iranian Revolution*, Indiana University Press, Bloomington, 1981.

Sullivan, William H., *Mission to Iran*, Norton, Nueva York, 1981.

Takeyh, Ray, *Guardians of the Revolution: Iran and the World in the Age of the Ayatollahs*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

Vance, Cyrus, *Hard Choices: Critical Years in America's Foreign Policy*, Simon & Schuster, Nueva York, 1983.

Zabir, Sepehr, *The Iranian Military in Revolution and War*, Routledge, Nueva York, 2011.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Stempel, 1981, p. 298.

<sup>2</sup> Stempel, 1981, p. 294.

<sup>3</sup> NARA, GRDS, RG 59, caja 52.

<sup>4</sup> Parsons, 1984, p. 49.

<sup>5</sup> JCPL, SM, caja 38.

<sup>6</sup> Takeyh, 2009, p. 37.

<sup>7</sup> DUSED, vol. 63, pp. 74-82.

<sup>8</sup> DNSA, IR01152.

<sup>9</sup> DNSA, IR01317.

<sup>10</sup> Cooper, 2011, p. 376.

<sup>11</sup> Vance, 1983, p. 324.

<sup>12</sup> Sullivan, 1981, pp. 28-30.

<sup>13</sup> Sullivan, 1981, p. 122.

<sup>14</sup> Carter, 1982, p. 135.

<sup>15</sup> Sullivan, 1981, pp. 130-136.

<sup>16</sup> PPJC 1977, vol. 2, pp. 2217-2223.

<sup>17</sup> PPJC, vol. 2, pp. 2217-2223.

<sup>18</sup> PPJC 1977, vol. 2, pp. 2217-2223.

<sup>19</sup> Sullivan, 1981, pp. 135-136.

<sup>20</sup> Milani, 2011, pp. 285-286.

<sup>21</sup> Ganji, 2006, p. 10.

<sup>22</sup> Jervis, 2010, p. 18.

<sup>23</sup> DUSED, vol. 12-A, pp. 70-71.

<sup>24</sup> DUSED, vol. 12-A, pp. 91-93.

<sup>25</sup> DNSA, IR01369.

<sup>26</sup> Newsom, 2008, p. 308.

<sup>27</sup> DNSA, IR01327.

<sup>28</sup> Vance, 1983, p. 325.

<sup>29</sup> DUSED, vol. 8, pp. 135-147.

<sup>30</sup> Jervis, 2010, p. 18.

<sup>31</sup> NARA, CREST, CIA-RD.86B00269R001100110003-4.

<sup>32</sup> DUSED, vol. 12-A, 31-38.

<sup>33</sup> DUSED, vol. 25, pp. 34-38.

<sup>34</sup> DUSED, vol. 24, pp. 16-20.

<sup>35</sup> Sullivan, 1981, p. 146.

<sup>36</sup> DUSED, vol. 12-A, pp. 129-130.

<sup>37</sup> DUSED, vol. 12-A, pp. 110-113.

<sup>38</sup> Sick, 1986, pp. 41-42.

<sup>39</sup> JCPL, SM: MDC, caja 37.

<sup>40</sup> DNSA, IR01464.

<sup>41</sup> DNSA, IR01464.

<sup>42</sup> NARA, CREST, CIA-RDP80T00634A00400010058-9.

<sup>43</sup> DNSA, IR01467.

<sup>44</sup> DNSA, IR01476.

<sup>45</sup> Sullivan, 1981, p. 152.

<sup>46</sup> DNSA, IR01493.

<sup>47</sup> NARA, CREST, CIA-RDP86B00269R001100110003-4.

<sup>48</sup> NARA, CREST, CIA-RDP80T00634A000400010015-6.

<sup>49</sup> DUSED, vol. 12-B, pp. 41-42.

<sup>50</sup> Sullivan, 1981, p. 165.

<sup>51</sup> Carter, p. 438.

<sup>52</sup> Brzezinski, 1983, p. 360.

<sup>53</sup> DNSA, IR01508.

<sup>54</sup> DNSA, IR01497.

<sup>55</sup> DUSED, vol. 25, pp. 67-71.

<sup>56</sup> Harney, 1998, p. 40.

<sup>57</sup> PPJC 1978, vol. 2, p. 1751.

<sup>58</sup> Sick, 1986, pp. 54-55.

<sup>59</sup> Vance, 1983, p. 327.

<sup>60</sup> Parsons, 1984, p. 84.

<sup>61</sup> DUSED, vol. 12-B, pp. 155-156.

<sup>62</sup> NARA, CREST, CIA-RDP80B01554R003400090035-2.

<sup>63</sup> Brzezinski, 1983, pp. 355-56.

<sup>64</sup> Vance, 1983, p. 328.

<sup>65</sup> NARA, CREST, CIA-RDP81B00401R002000120002-8.

<sup>66</sup> NARA, CREST, CIA-RDP81B00401R002000120002-8.

<sup>67</sup> Sick, 1986, p. 55.

<sup>68</sup> Brzezinski, 1983, p. 362.

<sup>69</sup> Sick, 1986, p. 59.

<sup>70</sup> Carter, 1982, pp. 439-440.

<sup>71</sup> Sullivan, 1981, pp. 170-171.

<sup>72</sup> Brzezinski, 1983, pp. 363-364.

<sup>73</sup> Brzezinski, 1983, pp. 365-366.

<sup>74</sup> Parsons, 1984, p. 103.

<sup>75</sup> Sullivan, 1981, p. 182.

<sup>76</sup> DNSA, IR01711.

<sup>77</sup> DNSA, IR01711.

<sup>78</sup> Sullivan, 1981, pp. 203-204.

<sup>79</sup> Brzezinski, 1983, p. 368.

<sup>80</sup> DNSA, IR01754.

<sup>81</sup> Sullivan, 1981, p. 206.

- <sup>82</sup> Sullivan, 1981, pp. 193-194.
- <sup>83</sup> Blumenthal, 2013, p. 357.
- <sup>84</sup> Sullivan, 1981, pp. 195-196.
- <sup>85</sup> Blumenthal, 2013, p. 358.
- <sup>86</sup> DNSA, IR01849.
- <sup>87</sup> DNSA, IR01856.
- <sup>88</sup> Ball, 1982, pp. 455-462.
- <sup>89</sup> Ball, 1982, pp. 459-460.
- <sup>90</sup> Brzezinski, 1982, p. 371.
- <sup>91</sup> Brzezinski, 1983, p. 371.
- <sup>92</sup> DUSED, vol. 13-A, pp. 73-77.
- <sup>93</sup> DUSED, vol. 26, pp. 29-33.
- <sup>94</sup> DUSED, vol. 18, pp. 115-119.
- <sup>95</sup> DUSED, vol. 21, pp. 1-2.
- <sup>96</sup> DNSA, IR01959.
- <sup>97</sup> DNSA, IR01981.
- <sup>98</sup> Carter, 2010, p. 268.
- <sup>99</sup> Brzezinski, 1983, p. 375.
- <sup>100</sup> DNSA, IR01972.
- <sup>101</sup> Parsons, 1984, p. 114.
- <sup>102</sup> Carter, 2010, p. 268.
- <sup>103</sup> DUSED, vol. 20, p. 93.
- <sup>104</sup> Sullivan, 1981, pp. 228-229.
- <sup>105</sup> Vance, 1983, p. 335.
- <sup>106</sup> Carter, 1982, p. 443.
- <sup>107</sup> Brzezinski, 1983, pp. 376-378.
- <sup>108</sup> Jimmy Carter, 2010, p. 272.
- <sup>109</sup> Sullivan, 1981, pp. 223-226.
- <sup>110</sup> Vance, 1983, p. 337.
- <sup>111</sup> Pahlavi, 1980, p. 172.
- <sup>112</sup> Zahir, 2011, pp. 52-53.
- <sup>113</sup> DNSA, IR02046.
- <sup>114</sup> DNSA, IR02046.
- <sup>115</sup> Brzezinski, 1983, p. 382.
- <sup>116</sup> JCPL, SM: MEC, caja 41.
- <sup>117</sup> Brzezinski, 1983, p. 381.
- <sup>118</sup> Carter, 2010, p. 276.
- <sup>119</sup> JCPL, SM: MEC, caja 41.
- <sup>120</sup> NARA, CREST, CIA-RDP81B00401R002300210001-6.
- <sup>121</sup> Sullivan, 1981, p. 233.
- <sup>122</sup> DNSA, IR02094.
- <sup>123</sup> DUSED, vol. 27, pp. 93-96.
- <sup>124</sup> DUSED, vol. 25, pp. 105-108.
- <sup>125</sup> DNSA, IR02131.
- <sup>126</sup> Brzezinski, 1983, p. 389.
- <sup>127</sup> DUSED, vol. 27, pp. 125-127.
- <sup>128</sup> Vance, 1983, p. 341.
- <sup>129</sup> NARA, CREST, CIA-RDP99 00498R000300010011-9.
- <sup>130</sup> Carter, 2010, p. 289.
- <sup>131</sup> DNSA, IR02262.
- <sup>132</sup> DNSA, IR02257.
- <sup>133</sup> DNSA, IR02273.
- <sup>134</sup> Huyser, 1986, pp. 284-283.
- <sup>135</sup> Vance, 1983, p. 342.
- <sup>136</sup> DUSED, vol. 18, p. 15.
- <sup>137</sup> PPJC 1979, vol. 1, p. 258.
- <sup>138</sup> Carter, 2010, p. 291.
- <sup>139</sup> DUSED, vol. 34, p. 63.
- <sup>140</sup> DUSED, vol. 34, pp. 45-46.
- <sup>141</sup> Bill, 1988, p. 285.
- <sup>142</sup> DNSA, IR02649.
- <sup>143</sup> DUSED, vol. 34, pp. 150-151.
- <sup>144</sup> DNSA, IR02643.

